

Esa triste manía de ser artista.

Son entre las dos y las cuatro de la mañana, una de esas horas que están reservadas para los recién nacidos, los muertos y los escritores. Me encuentro en mi escritorio, el sonido mecánico y frío de un teclado inunda la habitación. Miro directamente a una luz blanca que me juzga, mientras presiono repetidas veces el botón de *Delete*. Respiro profundo y me toco la cien con la yema de los dedos, como si esto hiciera a mis ideas correr más rápido. El manuscrito que trato de escribir puede que sea mi última oportunidad de dedicarme a lo que quiero, ser escritora.

La puerta de mi habitación se abre de golpe y mi papá se asoma agitado a mi habitación:

“¿Qué fue lo que pasó en el trabajo?” *Fuck*, respiro hondo.

“Tuve un problema con mi supervisora, y...” Me interrumpe.

“No, ¿Qué fue lo que pasó *hoy*, en el trabajo?” Sus ojos y su boca están firmes, retándome a quedarme callada.

“Me despidieron”. Digo, casi en un murmullo. “¿Cómo fue?” Sube la voz.

“Me despidieron”. Repito, con la cabeza hacia abajo.

En un arrebato, me aprieta fuerte los hombros y me obliga a mirarlo. Su voz me quema los oídos.

“¡Coño, Nina, pero tú no pega’ una! Este es el segundo trabajo del que te botan, ¡El segundo! ¿Qué es lo que tu planeas hacer con tu vida?” Mientras habla, me agita, y trato de mirar para otro lado.

“*Tengo un plan*”.

“¿Un plan? Yo no voy a apoyar esa vagabundería tuya de la escritura”. Papá me suelta de los hombros y se queda callado un momento, me mira. Trato de buscar el coraje para pararme frente a él y explicarle, pero las palabras se quedan en mi garganta. El miedo me paraliza.

“*Vete*”, el corazón me palpita fuertemente. “Yo no voy a mantener gente vaga en esta casa, vete”. *Sólo está siendo impulsivo*, me digo a mí misma. Respiro hondo, sus ojos no se me quitan de encima, “Recoge tus cosas y vete a privar en artista en otro sitio, no te quiero aquí mañana”.

Momentos más tarde, camino acelerada por las calles de Santo Domingo, mis piernas amenazan con acalambrarse. Escucho los murmullos de los vecinos como zumbidos en mis oídos y siento mis lágrimas caer como hielos por mis mejillas. Siento que hasta los edificios saben que soy un fraude. No tengo ni el valor para fingir que sé a donde voy en este momento, no me aguanto los sollozos, y con cada uno es como si la ciudad se desmoronara a mi alrededor. Ojalá lo hiciera, tengo ganas de meterme quinientos metros bajo tierra.

La calle está oscura, si la luna debe emanar algún resplandor, parece ficticio. Escucho unos pasos atrás de mí y siento mi corazón palpar rápidamente.

Doblo una esquina, *los pasos me siguen*.

Corro, *los pasos aceleran*.

Siento mi cabeza palpar, *la garganta se me seca*.

Corro más rápido, *los pasos se han transformado en el sonido de un motor*.

Me duelen los tobillos, *el motor apunta su luz hacia mí*.

Agarro mi mochila y mi maleta con todas mis fuerzas, *escucho murmullos, el motor acelera*.

Mi cara se estrella con el pavimento frío, el motor pasa rápidamente a mi lado, *y se lleva mi maleta*.

Las lágrimas, caen sin parar por mi cara. Me quedo en el piso, no tengo ganas de pararme. Siento mi respiración calmarse y mi pulso retomar su curso normal. Sin embargo, estoy tan cansada que no encuentro energía para pararme, por lo que dejo que el peso de mis párpados haga su efecto y

quedo en el asfalto helado, a merced de cualquier indigente que pase, de la brisa fría, de la noche y su misterio.

Me despierto y el sol no ha terminado de salir. Me toma un tiempo ajustarme a donde estoy: Me encuentro en un callejón, durmiendo entre dos edificios en el asfalto. No puedo volver a casa, no tengo trabajo, pero recuerdo que tengo una cita en la Editorial Literaria. *Fuck*, tengo una cita en la Editorial Literaria, y el manuscrito no está listo. Reviso a mi alrededor para buscar mi laptop y recuerdo: Anoche robaron mi maleta. Alcanzo hasta uno de los bolsillos de mi mochila y saco mi celular. La cita es a las 11:00 AM, y son las 5. Gracias a Dios por *Google Drive*.

Seis horas más tarde, estoy sentada en las oficinas de la editorial. Saúl, uno de los editores, se ha tomado casi dos horas en leer un manuscrito de que debe leerse en treinta minutos. Mi pierna tiembla, y el sofa de cuero en el que me encuentro sentado se hace cada segundo más incómodo. “¿Y bien?” Pregunto, mi voz temblando, siento como si se me fuera a desprender el corazón de lo rápido que palpita. Saúl levanta la mirada e inhala profundamente:

“Tiene potencial”. Responde, siento como el aire vuelve a mis pulmones. “Pero te falta historia”.
What?

“¿Eso qué quiere decir?”

“Quiere decir que esto”. Levanta el manuscrito, mientras me mira. Su voz es calmada, percibo una vibra relajada.

Pero en este momento, eso no me sirve. “No es lo suficientemente bueno.”

No debo llorar. No debo llorar. No debo llorar.

Parece que mi decepción se nota de igual manera pues Saúl me responde: “No te desespere, Nina. Escribir es un arte de prueba y error. Ni siquiera, Ernest Hemingway publicó la primera vez.” Siento compasión en su voz, y es todo lo que necesito para desahogarme. “Este era mi último esfuerzo.” Mi voz suena aguda, afligida. “Me despidieron del trabajo, mi padre me sacó de la casa, robaron mi laptop, y mi manuscrito es una mierda, ¿Qué más me queda?”

“*Escribir.*” Responde Saúl, viéndome a los ojos. Se inclina sobre su escritorio y me mira con amabilidad. “Primero, enfócate en reestructurar tu vida, y en el medio tiempo, intenta revisar tu historia”. Paso una mano por mi frente y resoplo, hundiéndome en el sillón. “Estaré de viaje por dos semanas, si para entonces haz avanzado algo, te puedo recibir nuevamente, ¿Qué dices?”

Una semana y seis días han pasado, me encuentro sentada en un escritorio de madera en casa de una amiga a la que he prometido pagarle la mitad de la renta y ayudar con los quehaceres de la casa. De 9 a 4 de la tarde, arreglo estanterías en una pequeña librería del vecindario. Mañana es mi próxima cita en la Editora Literaria y me encuentro gravemente intimidada por una página en blanco.

Una pequeña barra parpadea encima del rectángulo blanco... Mirándolo de cerca, no es una barra. Es una puerta. Se ha adueñado del tiempo, la puerta aparece y desaparece. Debo abrirla. Pero con cada parpadeo pasa un minuto y se acaba el tiempo. La palabra ‘tiempo’ se define como: “un período determinado durante el que se realiza una acción”, es decir, para que el tiempo transcurra, tiene que pasar algo, pero si llevas prolongados momentos totalmente en pausa, según esta descripción el tiempo debe haber parado, ¿O no?

Hay un teclado frente a mí, sus teclas guardan entre sí la contraseña que abre la puerta pero tengo miedo a abrirla. Nunca lo voy a lograr. Resoplo fuertemente, si tan sólo pudiera encontrar la combinación perfecta. Pero en este momento, la aguja de la imaginación se resiste a ser insertada pues teme a la incertidumbre, ¿Qué pasa si abro la puerta? ¿Qué pasa si me transporta de nuevo a las calles? ¿Qué pasa si de frente me encuentro a mi padre?

La mañana llega y termino la historia como puedo. Por segunda vez me encuentro frente a Saúl quien detenidamente escanea cada parte del manuscrito. Baja el documento, respira, me mira detenidamente y se ríe.

“Es *acceptable*”. Abro mis ojos como dos platos.

“Estoy empezando a creer que no sirvo, para esto. ”

“Ta-len-to. Nina, tienes mucho talento”. Hace énfasis en cada sílaba. “Tu manera de escribir es impecable, la estructura de tu historia es elegante y tu selección de palabras es hermosa. Pero el talento no es suficiente.” Cruzo los brazos y siento el peso caer sobre mis hombros. “Estás tratando de abarcar temas que no conoces y se nota. Puede sonar un poco cínico, pero has pasado por todo un trayecto para llegar hasta aquí. Escribe sobre eso. Escribe sobre ti.”

“¿Y si no sale bien?”

“*Escribe otro.*” Se inclina sobre su escritorio y me mira. “Y si ese te lo rechazan, escribe otro. Por que lo que te diferencia de los demás es la pasión, y si hay algo que se ha probado es que el esfuerzo paga”.

Esa noche, vuelvo al apartamento, abro la computadora y hago *click* en el documento. Es solo una página en blanco, que no me juzga, no me critica. En realidad, es mi amiga, porque me espera con sus márgenes abiertos y *me invita a explorarla*, a llenarla de palabras. A equivocarme, porque cualquier error quedará entre ella y yo, y si no la exploro nunca sabré de que es capaz mi imaginación. Mi imaginación me premia, me celebra el esfuerzo que hago para encontrar ese sentimiento cueste lo que cueste, pero debo darle espacio para que todas sus creaciones fluyan, explorar sus pensamientos uno por uno, algunos buenos, algunos malos. Pero sólo así, escarbando entre mi creatividad, es que llegaré a las grandes ideas, las que me llenan de felicidad.

Me encuentro nuevamente en un escritorio, el sonido mecánico y frío de un teclado inunda la habitación. Mis dedos van dando puntadas, costuras alfanuméricas que van intercalando hilos de grafemas, formando composiciones increíbles.